

esta noche su venganza.
El capitán don Gonzalo Pizarro asiste en Trujillo. Alcaide es de su castillo, las armas son su regalo; mas como este reino goza de paz, amor más humano quiere que le dé la mano doña Beatriz de Mendoza y en ella el logro mayor que el Dios desnudo reparte, que lo que no premia Marte toma por su cuenta amor. En fin, se casa con ella, y esta noche son las bodas; júntanse las damas todas trujillanas, y es tan bella la novia, que se recrea amor de verse español, y la que en ausencia es sol parece á su lado fea. Descuidado de enemigos y todo festivo está; si pena al agravio os da, la noche ofrece castigos: aprovechadlos ahora y vengad á vuestro hermano.

PAGADOR. Antes que la dé la mano, contra mi sangre agresora, se la he de colgar al cuello. En esta ocasión mostrad, capitán, vuestra amistad, que el fugitivo cabello nos ofrece la ocasión quince años ha deseada, y sola esta noche hallada. En Salamanca, en razón de una cátedra que había llevado un deudo, salió con otros y me mató un hermano que tenía, el más lucido letrado que aquel concurso estimaba. Yo era entonces quien privaba con Enrique, que vengado quiso verme, en tanto extremo, que, despachando contra él un juez severo y cruel, dió los cómplices al remo; pero huyendo el agresor por excusar la justicia, se valió de la milicia, que á perdidos da favor. En ella, en efecto, ha sido tan dichoso que alcanzara si yo no se lo estorbara, premios que otros han tenido con menos méritos que él; porque como sucedí en el favor que adquirí con Fernando é Isabel, persiguiéndole hasta agora no le he dejado medrar; si bien no pude estorbar que cuando venció en Zamora nuestro campo al portugués sus hazañas no alcanzasen

que capitán le nombrasen los reyes, y que después trocase la compañía de infantes en hombres de armas. Vence la envidia á las armas: creció en su valor la mía. Diversas veces coheché soldados que le matasen, delitos que le imputasen, y con el rey procuré desacreditar su fama, mas sacóle vencedor mi desdicha y su valor, que en las tinieblas la llama luce más, y los engaños si aprietan, no prevalecen: Beber su sangre ápetecen mis agravios ya ha quince años; si esta vez no lo consiguen morirán desesperados.

CAPITÁN. Aconsejar agraviados que más sus pasiones siguen que la razón, es gastar persuasiones sin provecho. De mi amistad satisfecho podéis, Pagador, estar, pues la guerra concluida y fiándoos el caudal el rey de su hacienda real, depende de vos mi vida, como de quien socorrerme puede en mis necesidades.

PAGADOR. Conformemos voluntades. Si Alejandro queréis verme vengadme vos y seréis dueño de cuanto poseo. Segura la ocasión veo; si ejecutarla queréis dos leguas dista de aquí Trujillo y el sol se ausenta. Mi enemigo sólo intenta, descuidándose de mí trocar el acero en galas: en llanto sus bodas trueque, porque su esperanza seque el pésame de dos balas. Sabremos cual es la casa donde se ha de desposar; enviáremosle á llamar, y entre la gente que pasa á tener parte en la fiesta encubriéndonos mejor, sin saberse el agresor podrán llorarla funesta. ¿Qué decis?

CAPITÁN. Que hay paces digo y que con ellas no hay paga; que vuestro gusto se haga, porque vuestra mesa siga. Trazad, y pondré en efecto cualquiera orden que me deis.

PAGADOR. Como á mi hermano venguéis mil escudos os prometo. *(Vanse)*.

ESCENA III

Salen CARRIZO y PULIDA

CARRIZO. Ya por hoy no iré al molino.

PULIDA. Hannos en la Zarza echado tanto del roto soldado, que el diablo con ellos vino. ¿Mas que nos queda el corral con el galló soldemente?

CARRIZO. Por bien se lleva esta gente, Polida, que no por mal. Un día es, y este se pasa como quiera. ¿Tenéis olla?

PULIDA. De macho con su cebolla; tocino y pan hay en casa; ¿mas vino y las gollorias que piden?

CARRIZO. Pan y manteles nos obligan.

PULIDA. Son crueles, y más los de aquestos días, que vienen mal avezados de la guerra que han tuvido en Portugal.

CARRIZO. Despedido los han, y ya van pagados. El soldado que os copiere recebilde con amor, que por mal es lo peor.

PULIDA. Mientras aquí no estoviere don Alvaro, que á Trujillo á unas bodas se hué ayer, ansi lo habemos de her, que si no pan y cochillo *(y aun eso de mala gana)* les diera.

CARRIZO. Llévose ya Dios al viejo.

PULIDA. A estar acá, la Zarza quedara sana de estos lobos que el pellejo nos quitan: ¡malditas piezas! CARRIZO. Sí, don Francisco Cabezas hué bravo hombre.

PULIDA. ¡Lindo viejol!

CARRIZO. Mas don Alvaro Durán no le va, aunque mozo, en zaga.

PULIDA. Carrizo, no sé que me haga. Habrar quiero al capitán, y dolerérase de mí quizaves.

CARRIZO. ¡Bonicos son! Daldos á la maldición, que en viéndoos, Polida, ansi, con aqueza catadura, temo...

PULIDA. ¿Qué teméis?

CARRIZO. ¡Pardiós! que vais una y volvéis dos. Yo os digo la verdad pura; dad al huésped buen despacho, que más vale, si se atreve, que doce pollos nos lleve que no que os deje un mochacho. Mas el alcalde es mi amigo; yo le vó al concejo á habrar, que si se deja rogar

y mi pobreza le digo, por ocho ó por doce reales de este trabajo saldremos.

PULIDA. Carrizo ¿y dó los tenemos?

CARRIZO. Vendo un buey y excuso males; que hay soldado *(si le cuadra la posada que le dan)* que convida al capitán y con él toda una escuadra, y por heros más merced, mostrando que es dadivoso, dando tras roso y veloso no deja estaca en pared.

PULIDA. Porque esto no nos suceda voilo á concertar, Polida. *(Vase)*.

PULIDA. Pues venga y vino me pida, que á fe *(si en mi casa queda y no es comedido el mozo)* porque cene con regalo, que le he de dar pan de palo y á beber agua del pozo.

ESCENA IV

PULIDA y QUIRÓS, soldado, muy roto, y con frascos y cuerda en la cinta.

QUIRÓS. Me racomando, patrona.

PULIDA. No entiendo latín, soldado.

QUIRÓS. Esta boleta me han dado para aquí.

PULIDA. De su presona cuidaremos.

QUIRÓS. ¿Qué hay de cena?

PULIDA. Tocino, macho y cecina. tién la olla.

QUIRÓS. ¿No hay gallina?

PULIDA. Para soldados no es buena, que engendra sangre cobarde.

QUIRÓS. Aves come el que es guerrero, y las plumas del sombrero harán de mi esfuerzo alarde. Yo de noche no como olla, que el soldado no es gañán. ¿Hay pollas?

PULIDA. No faltarán.

QUIRÓS. Jugaremos á la polla.

PULIDA. ¿Qué principio y postre espero?

PULIDA. Principios, señor soldado, son acá el primer bocado.

QUIRÓS. ¿Y los postres?

PULIDA. El postrero.

QUIRÓS. Pues yo empiezo en ensalada, y remato en aceitunas.

PULIDA. De encina mos traen algunas, que es comida regalada.

QUIRÓS. ¡Pesar de quien la parió!

¿Bellotas ha de comer un soldado?

PULIDA. ¿Pues qué ha de her?

QUIRÓS. ¿Soy hijo pródigo yo?

PULIDA. Parécelo en los retazos.

QUIRÓS. Poquito á poco, monsiura: ¿qué cama habrá?

PULIDA. Algo dura.

QUIRÓS. Pues yo vengo hecho pedazos.

PULIDA. Ya lo veo. Hay cabezales, en somo de aquel escaño.
 QUIRÓS. ¿Sin sábanas?
 PULIDA. Hacén daño.
 QUIRÓS. ¿Y qué mantas?
 PULIDA. Dos costales.
 QUIRÓS. ¡Cuerpo de Cristo con ella!
 PULIDA. Quien da lo que tién ¿qué debe?
 QUIRÓS. ¿Y aquí qué vino se bebe?
 PULIDA. Del pozo.
 QUIRÓS. Bébalo ella y reviente, porque yo esta noche he de cenar borrajas al empezar.
 PULIDA. Borrachas cuidaba yo.
 QUIRÓS. Y tras ellas su jigote.
 PULIDA. ¿Mi gi qué? ¿qué es si lo sabe?
 QUIRÓS. De ternera, si no es de ave.
 PULIDA. ¿Gigorro?
 QUIRÓS. Ó pastel en bote.
 PULIDA. Ni yo girrote sé her, ni pastel he visto en bota.
 QUIRÓS. De lo caro una candiota.
 PULIDA. Candi hay que empieza á arder.
 QUIRÓS. Y levantada la mesa, en cama mullida y blanda colcha y sábanas de Holanda.
 PULIDA. Ya tomara estopa gruesa.
 QUIRÓS. Y por si me hiciere mal, con esas dos manos tiernas ha de traerme las piernas.
 PULIDA. Si las deja en el corral.
 QUIRÓS. Podrá ser que así me obligue á que soplando el candil la dé mi cuerpo gentil con lo demás que se sigue.
 PULIDA. Pues si con lo que le dan en casa no se contenta, y sin naranja y pimienta no come cecina y pan, antes que salte las bardas (que no están bajas á fe) porque duerma le traeré las piernas con unas cardas; y si en su tema prosigue, le mediremos dos trancas, desde el cogote á las ancas, con lo demás que se sigue.
 QUIRÓS. Pues yo la voto...
 PULIDA. No bote.
 QUIRÓS. A Cristo, que ha de llevar esta noche que rascar la pápara á puro azote. Ponga las manos en cruz.
 (Quiere atarla con la cuerda.)
 PULIDA. ¿Para?
 QUIRÓS. Cruce los dos brazos, sabrá qué son latigazos de una mecha de arcabuz.
 PULIDA. (Grita.) ¡Aquí de Dios y del reyel ¿No hay justicia?
 QUIRÓS. (Data una cox.) Menos voces.
 PULIDA. ¡Despinfarradol ¿De coces vos á mí? ¿No hay Dios? ¿No hay ley?

ESCENA V

DICHOS y salen dos SOLDADOS y CARRIZO.

SOLD. 1.º O rescatar la posada con cien reales, ó pasar crujía, y sin replicar.
 CARRIZO. ¿Con cien reales? ¡Mas nonada!
 SOLD. 2.º Cabales.
 CARRIZO. Menos los ceros. Diez les iba yo juntando.
 PULIDA. ¡Ay, Carrizo! Aquí andan dando.
 SOLD. 1.º Ea, ponédmele en cueros, veréis la tunda que lleva.
 QUIRÓS. Desnúdese ella también.
 CARRIZO. ¿Ambos desnudos? ¿No ven que ya pasó Adán y Esgueva?

ESCENA VI

DICHOS y PIZARRO, muy galán, con mucha pluma y un venablo.

PIZARRO. ¿Qué esto?
 PULIDA. ¡Ay, Francisco mío! ¿Tú en la Zarza y yo en trabajos? Éste muladar de andrajos con mujeres tiene brío; que á nacerme aquí unas pocas yo les juro á non de Dios...
 CARRIZO. Francisco, doleos de nos.
 PIZARRO. ¿Soldados contra unas tocas en vez de darlas socorro, y hombres os osáis llamar?
 CARRIZO. Me quieren desatacar.
 PULIDA. Me piden carne en gigorro.
 PIZARRO. Quitáos las torpes espadas, quitáoslas, ó ¡vive Dios!
 SOLD. 1.º Señor alferez, los dos somos...
 PIZARRO. ¿Qué dos ó qué nadas? Acabemos, desceñidas, y en su lugar os ponéis dos rucasas.
 SOLD. 2.º Vuesa merced nos trate bien.
 PIZARRO. Redimildas la vejación en que están corridas á vuestros lados: pícaros sois, no soldados. Bien los campos labrarán los míseros labradores si las manos les tenéis atadas. ¿Pretenderéis por esta hazaña favores en el consejo de guerra? Presentad esos cordeles cuando aleguéis por papeles que defendisteis la tierra.
 QUIRÓS. ¿Adónde está el capitán?
 PIZARRO. Á Trujillo fué esta tarde.
 QUIRÓS. Quitá la espada, cobarde, que pues sus veces me dan y soy su alferez, agora sabré si conforme á ley...
 SOLD. 1.º Mire...
 PIZARRO. ¡Por vida del rey y la reina, mi señora,

ESCENA VIII

Salen CARRIZO y otros.—DICHOS.

CARRIZO. Señor, aquí todo el pueblo está.
 (Pizarro señalando á Quirós.)
 PIZARRO. Este (con vuestra mujer valiente) en vuestro poder para ejemplo quedará de infame, con condición que esté en la plaza colgado hasta mañana.
 QUIRÓS. ¿Yo ahorcado?
 PIZARRO. No, que os tengo compasión. De los hombres solamente, mas sin que os quiten la vida, con una ruca ceñida regocijaréis la gente.
 CARRIZO. ¿Y estotros dos?
 PIZARRO. Castigaldos. Deles cada labrador catorce azotes.
 SOLD. 1.º Señor, mira que somos...
 PIZARRO. Llevaldos.
 SOLD. 2.º No faltará quien dé cuenta á los reyes de este agravio.
 PIZARRO. Ella es santa y él es sabio. Yo les diré vuestra afrenta, podrá ser que se mitigue.
 PULIDA. Venga á la praza el modorro, porque le demos gigorro con lo demás que se sigue.
 CRESPO. ¡Burlaos con el Francisquillo!
 CARRIZO. Azotaina ha de haber hoy.
 PIZARRO. A ver á la reina voy, que entra esta noche en Trujillo.
 (Vase.)
 PULIDA. Soldado, esas piernas bellas, después que colgado esté, ¿oye? no se las traeré, pero tiraréle dellas.
 SOLD. 1.º ¿Que á esto un rapaz nos obligue!
 PULIDA. Y á esotros dos marquesotes á cada catorce azotes, con lo demás que se sigue. (Vanse.)

ESCENA IX
 Sale el PAGADOR, el CAPITÁN con un arcabuz y ROBLEDO.
 PAGADOR. Mejor lo habemos trazado de esta suerte.
 CAPITÁN. En la ciudad nos pusieran en cuidado; que en tanta publicidad y con tanto deudo lado, aunque es de noche, no fuera posible no conocernos. Aguardándole aquí fuera si él viene (antes de ofendernos la justicia) cuando muera, es fácil el retirarnos sin que se sepa el autor de su muerte.
 PAGADOR. Por vengarnos menospreciaré el favor de los reyes.

infames, que la bandera me fió, si no os quitáis las espadas que afrentáis (mejor una caña fuera) que os cosa con el venablo!
 CARRIZO. Polida, ¿qué decís de esto?
 PULIDA. Es un dimuño.
 CARRIZO. Es un diablo.
 PIZARRO. Llamadme á los labradores.
 (Vase Carrizo.)

ESCENA VII
 DICHOS, menos CARRIZO.
 SOLD. 2.º Vuesa merced considere que es muy mozo, y que si quiere con desprecios y rigores poner su enojo en efeto (aunque nuestro alferez sea) tiene poca barba, y crea que á no guardalle el respeto que pide el cargo...
 PIZARRO. ¡Cobardel Mi bandera y preeminencia no la adquirí por herencia, ni las barbas son alarde del valor que al noble anima, sino el espíritu honrado que en el alma vinculado los peligros desestima; que á ser así (aunque parezca que en ellas le puso Dios) barbas os sobran á vos para una guarda tedesca. La Reina, nuestra señora, me dió el cargo que consigo, siendo ella misma testigo en el cerco de Zamora, que mi capitán rendido y perdida su bandera, paje de gínetas era, pero aunque paje, atrevido, (no con mujeres, cual vos) pues fiado en la fortuna volví, (si perdimos una) á su presencia con dos. Alferez entonces me hizo sin suplicárselo yo; la bandera que me dió de trece años la autorizo. Y porque sepáis si en mí las barbas son menosprecio, agora veréis cuán necio fuisteis en hablarme así. Desceñís esa espada antes que enojos provoque y fruta de un alcornoque, os haga mal sazónada; presto.
 (Quitanselas.)
 SOLD. 1.º Por mi superior os obedezco.
 PIZARRO. ¿Qué aguardan los dos?
 SOLD. 2.º Ya vamos.
 PIZARRO. Ya tardan.
 ¡Hola! Carrizo.

CAPITÁN. Ocultarnos con las tinieblas podemos, después que muerte le demos, quedando en pie tu privanza.

PAGADOR. Cumpla yo con mi venganza, que después nos libramos. En fin, dijo que saldría á este sitio.

ROBLEDO. Prometiólo, y con mucha cortesía; puesto que no estaba solo, y que entonces le asistía de Trujillo la nobleza, por asegurarlos dijo: «Trátame con aspereza esta dama, y es prolijo amor si temoso empieza. Yo acabo de desposarme, y es bien desembarazarme de cosas que la han de dar á doña Beatriz pesar. Pero, pues, envía á llamarme, dígala, hidalgo, que luego voy al sitio señalado; que le apreste mientras llego, y tome por el cuidado esta sortija.»

PAGADOR. ¡Sosiego notable!

CAPITÁN. ¿No se turbó?

ROBLEDO. ¿Turbar? antes se rió mientras el papel leía.

PAGADOR. Más de su esfuerzo se fia que de mi venganza yo. Pero cumplá él su promesa verá presto el desengaño.

ESCENA X

DICHOS, y salen DON GONZALO, como de noche. Luego PIZARRO, de camino.

GONZALO. A algún celoso le pesa de mis bodas, y en su daño quiere turbarme esta empresa. Sin firma vino el papel, como yo sin compañía: amor celoso es cruel.

PIZARRO. (Sale.) Tarde, diligencia mía, venís; honra, no sois fiel si os perdéis por perezosa y mi padre se desposa sin impedirselo yo.

CAPITÁN. Este es, ¿tiraréle?

PAGADOR. No; tened, que en acción dudosa me pesará que matemos otro en vez del que buscamos, pues si esta ocasión perdemos, sin esperanza quedamos de que después nos vengamos. Sepamos quién es primero.

CAPITÁN. Llegad, que yo aguardo aquí,

PAGADOR. (A Pizarro.) Si sois don Gonzalo es-
saber. [ro]

GONZALO. Pronunciar oí mi nombre; acercarme quiero.

PIZARRO. (Ap.) ¿Don Gonzalo? Ansi se llama quien me ha dado el ser que tengo. Si alguno que le desama le intenta ofender, yo vengo á acreditar más su fama.) Mi nombre es Gonzalo.

GONZALO. ¿Cómo?

PAGADOR. ¿Gonzalo Pizarro?

PIZARRO. Pues, con ese apellido domo cobardes.

PAGADOR. (Al Capitán.) Amigo, él es; vengue mi agravio tu plomo: dispárale.

CAPITÁN. No dió fuego.

GONZALO. ¡Oh, villanos! la traición que en vosotros á ver llego; con noble satisfacción dará á mi enojo sosiego. Yo soy Gonzalo Pizarro. ¡A ellos, joven gallardo!

PAGADOR. Tres somos, muera los dos. (Riñen.)

PIZARRO. ¡Ojalá os hiciera Dios tres mill

ROBLEDO. Esta cuesta agarro. Vida, bajaos á los pies, y ellos os libren de mal. (Huye.)

GONZALO. ¿Contra uno, y salís tres?

PAGADOR. Al Pagador general matáis; sosegáos.

GONZALO. Después, que agora es razón (si ha sido Pagador) que las traiciones pagues que me han perseguido.

PIZARRO. Cuchilladas, no razones; ¡cuerpo de Dios! ya he tendido al uno. Eso tro que queda porque escaparse no pueda desjarretarle es mejor. (Huye el Capitán.)

GONZALO. A traidores, Pagador, se paga de esta manera. ¿Huis? no me maravillo.

PAGADOR. ¡Muerto soy! ¡Favor al Rey! Alguaciles de Trujillo, ¡justicia! ¿no hay Dios? ¿no hay ley? (Huye.)

GONZALO. Hay valor, que es tu cuchillo.

PIZARRO. No los sigáis caballero, que tengo que hablar con vos.

ESCENA XI

DON GONZALO y PIZARRO.

GONZALO. Obligado á vuestro acero confieso que os trujo Dios en mi socorro; no quiero más dicha ya que saber quién sois y luego serviros.

PIZARRO. Admitiéralo, á no ser ingrato vos á suspiros de alguna ilustre mujer, que perdió por olvidada lo que os fió por querida, y en mi dejó vinculada la venganza de ofendida, si no de menospreciada.

GONZALO. No os entiendo.

PIZARRO. Yo lo creo; que el no entender ya es en vos mal viejo, común empleo de quien sin mirar que hay Dios se sujeta á su deseo.

¿Habéis dado ya la mano al nuevo dueño que amáis, ó queréis que lllore en vano palabras que la empeñáis en fe de un amor liviano? ¿Iréis á Italia ya para que no legitime la sucesión que os dará, y burlada se lastime, pues por vos sin honra está?

GONZALO. Encubierto defensor, que enigmas multiplicando, me injuriáis y dais favor, á un tiempo estáis engendrando ira en mi pecho y amor. Si á darme ayuda venís, ¿por qué agraviar me queréis? ¿con la noche os encubris? ¿injuriador socorréis y amigable perseguís?

PIZARRO. Porque á imitaros me atrevo, enemigo bienhechor, ejecutando á quien debo el bien y el daño mayor que tiene el mundo.

GONZALO. Mancebo; según el modo de hablar, si no sois el que colijo, sin seso debéis de estar. ¿Sois vos hijo...?

PIZARRO. Yo soy hijo, sin padres, de un encinar.

GONZALO. ¡Ay, cielos! ¿Doña Beatriz Cabezas es vuestra madre?

PIZARRO. Fuéralo, á ser tan feliz, que á su tálamo mi padre sujetara la cerviz. Mas no lo soy (agraviadas prendas por vos infelices) viéndoos (pues quedan burladas) dichoso con las Beatrices, y ellas con vos desdichadas.

GONZALO. Hijo, á quien el alma adora, cesen enojos, que llora de contento el alma.

PIZARRO. ¿Está con vos desposada ya esotra Beatriz?

GONZALO. No ha una hora que por dueño la admití, pues teniéndole tu madre ya su esperanza perdió.

PIZARRO. Pues, padre, no sois mi padre: teneos allá.

GONZALO. Vuelve en tí.

PIZARRO. Volviéradas por mí vos, cuando de una encina fruto, ingrato á mi madre, á Dios, y alimentándome un bruto les debo más que á los dos. Volviéradas por mi fama;

pues el más toseco pastor padre legitimo llama al suyo, y vuestro rigor cuando me engendra, me infama. Tendréis hijos que posean el título que no aguardo, y menores que yo sean, porque me llamen bastardo cuando su hermano me vean. ¡Ah, cielos! y quién pudiera dispensar obligaciones, y la mayor no os tuviera, porque á vuestras sin razones fin con mis desdichas diera. Juntó amor en un sujeto dos contrarios sin ser sabio: triste de mí que en efecto si intento vengar mi agravio, pierdo á mi padre el respeto. Extrañas contradicciones mezclándose me persiguen: ¡posibles persecuciones que á un mismo tiempo me obliguen agravios y obligaciones! ¡Vive Dios que no ha de verme más la luz de aqueste mundo, ni España en él conocerme, mientras que en otro segundo de vos pudiere esconderme! Ya hay quien ofrece á Fernando de otro Orbe el descubrimiento, que en mi esperanza criando mejore mi nacimiento, mi suerte legitimando. Yo, ingrato padre, á pesar de vuestro poco cuidado, tanta agua pienso pasar que en ella mi honor manchado pueda mi esfuerzo lavar. Yo malograré mis años, y huyendo vuestros engaños vencedor de un medio mundo, lince del polo segundo pisaré climas extraños. Yo, si llegare á tener hermanos, con más valor que ellos he de pretender que me veneren señor, llegándome á obedecer. Suplirá la fortaleza faltas de naturaleza y de vos desobligado seré (por mi reengendrado) el Fénix de mi nobleza. Juzgáreme, claro está, por loco, mas mi animosa inclinación mostrará; que en dando yo en una cosa salgo con ella.

UNO. (De dentro.) Tendrá el castigo que merece quien dió muerte al Pagador.

HOMB. 2.º (Dentro.) Aquí están los dos.

PIZARRO. Parece que se convoca al furor popular, y que apetece prendernos.

GONZALO. El retirarnos juzgo ahora por cordura.
 PIZARRO. El valor baste á animarnos; no hay valiente sin locura, vileza es dejar cercarnos. ¡A ellos cuerpo de Dios! pues vamos juntos los dos.
 GONZALO. ¡Oh, hijo, César segundol
 PIZARRO. Mientras no gano otro mundo no os tengo por padre á vos. (Vanse.)

ESCENA XII

Suenan cajas y salen SOLDADOS: detras la REINA ISABEL y sale también HERNANDO CORTÉS.

REINA. Vuélvase á alistar la gente que de la guerra pasada se despidió. Esta Granada nuestra armas acreciente. El rey, mi señor, su empresa pretende, y sobre ella está: sirva esta Granada ya para postres de mi mesa. Contra el hereje fundé la divina Inquisición, la Hermandad contra el ladrón, los judíos desterré: vuelva la fe á su decoro, y en tan sagrada conquista quien desterró al Talmudista destierre también al moro. La Fe del bautismo dé á España su integridad; fundaréla una ciudad que se llame Santa Fe. No quede en Extramadura quien no logre allí su fama; ganó mi esposo al Alhama, á Baza cercar procura; yo he de asistir en persona hasta ver esta Granada que de cruces coronada es timbre de mi corona.
 ¡Al arma, pues, extremeños!
 CORTÉS. Si tal valor nos anima, si á sus reyes dan estima virtudes de tales dueños, ¿qué mucho, vos su caudillo, que muestre el valor que cobra? Animádonos vos, sobra para Granada Trujillo. Presto os llamarán monarca sus blasfemos adüares.
 SOLD. 1.º Alegres cuantos lugares abarca nuestra comarca, señora, con celo fiel os salen á festejar venturosos por gozar siglos de tal Isabel.

ESCENA XIII

DICHOS, y salen CRESPO, BERTOL, CARRIZO, PULIDA y labradores cantando.

(Cantan.) «Por esta calle que voy, por estotra doy la vuelta:

UNO. no hay zagala que tenga la cara tan hermosa como la reina. En ella vive un Abril con todas sus zarandajas, no es cara á lumbre de pajas, sino del Mayo gentil; sus ojos son torongil, sus pechos blancas cebollas, sus manos bollos ó bollas, nieve y manteca revuelta en darme muerte resuelta cuando enamorado estoy.
 TODOS. Por esta calle que voy, por estotra doy la vuelta: no hay zagala que tenga la cara tan hermosa como la reina.»
 PULIDA. A fe de Dios que no hay natas que igualen su catadura: bendiga Dios su hermosura y déme á besar las patas.
 REINA. Seáis, serrana, bien venida por lo pulido que habláis.
 PULIDA. ¡Oh! si el nombre me acertáis ya sabréis que só Pulida. Escúcheme su aspepeza.
 CARRIZO. (Ap. á Pulida.) Su Alteza, necia, la dí.
 PULIDA. Su Alteza necia, que aquí, digo en la Zarza.
 CARRIZO. (Ap.) ¡Ya empieza!
 PULIDA. Vino... en lo que toca al vino que el soldado mos pidió rape el diablo el que quedó; pero sobrando el tocino ¿no bondaba? Dígalo ella. Salga esta vez todo el corro, y como pidió gigorro, así yo huera doncella pasara, mas con marido ¿no es pecado que pidiese que las piernas le trojese? Aun si se le hubieran ido, vaya; mas, señora mía, así nos alumbré Dios, que una y otra, ambas á dos consigo se las traía.
 REINA. Yo lo creo. (Ap.) (¡Hay tal simpleza!)
 PULIDA. Como no pude sofrillo: ¿conoce ella á Francisquillo, aquél que hizo su torpeza alfiler ell otro día? Tamaño se echó de ver que alfiler había de ser, porque tuvo alferecía. Daba en que me había de atar las manos; y bien ¿y qué hizo? así, también á Carrizo mandaron desatar. Pues Francisco en mi socorro los espetos les quitó, por los sobacos colgó en la praza al de gigorro, y á los dos de los bigotes, porque cenasen mejor mandó á cada labrador pegarles catorce azotes. Quedaron hechos tasajos, y al colgado (aunque eran tiernas)

héndole á traer las piernas le tiré de los zancajos. Dicen agora malas lenguas que al mi Francisquillo vienen á acusar. La culpa tienen ellos; pásense sus menguas y esta gente se castigue, que en labradoras se envicia: pido costas y justicia, con lo demás que se sigue.
 REINA. Al que á vos mal os hiciere tendré yo por enemigo: muy justo fué ese castigo.
 PULIDA. Si, señora, que no quiere si quitarnos esta gente los pellejos.
 REINA. Yo lo creo.
 PULIDA. ¿Mos perdona?
 REINA. Sí.
 PULIDA. Deseo por el servicio presente ella mercé.
 REINA. Guárdeos Dios.
 PULIDA. Gusto me ha dado infinito.
 REINA. ¿Y perdona á Francisquito?
 REINA. Yo le perdono por vos.

ESCENA XIV

DICHOS y ROBLEDO.

ROBLEDO. Al Pagador general, señora, han muerto á traición.
 REINA. ¿Qué decís?
 ROBLEDO. Sin ocasión á tanto delito igual, el capitán don Gonzalo Pizarro á matarle vino de noche y en el camino de esta ciudad.
 CARRIZO. ¡Malo!
 PULIDA. ¡Malo!
 REINA. ¿Don Gonzalo? Dudo yo que sin causa se atreviese á cosa que desdijese de la sangre que heredó, que es tan fiel como animoso. Los testigos lo dirán.
 ROBLEDO. Dió muerte á su capitán un alférez revoltoso que con don Gonzalo fué, á quien vuestra Alteza ha horrado sin haber sido soldado, ni aun tener barbas.
 REINA. ¿Quién fué?
 ROBLEDO. El que porque á un labrador cama y posada pedía, que por suerte le cabía, un soldado de valor le hizo colgar en la plaza, y á otros mandó azotar.
 CARRIZO. Quisomos desatar. Mire su merced que traza de honrados.
 REINA. ¿Tenéislos presos?
 ROBLEDO. Hanse los dos resistido á la justicia.

REINA. Venido he yo á castigar excesos. Vaya mi guarda por ellos.
 CARRIZO. Peor, Pulida.
 PULIDA. Peor.
 REINA. Si los hizo mi favor, también sabré deshacellos.

ESCENA XV

Suenan cajas, y sale PIZARRO con una bandera al hombro; á su lado DON GONZALO. Tiende en llegando la bandera á los pies de la REINA y hincan las rodillas.

PIZARRO. Leal postro á vuestros pies esta bandera, señora, con que me honró vuestra alteza, liberal con mi edad corta. Quince años son los que tengo, pero testigo es Zamora de que muriendo mi alférez, con una ginetá sola (insignia de quien servi) entró nuestra escuadra rota, por el campo portugués, que cantaba la victoria, volviendo con dos banderas, sin que me sacasen gota de sangre, que esta se guarda para hazañas más heroicas. Castigué las demasías de cobardes, que sin honra, fugitivos en la guerra, son presa de sus escoltas. Ya os constarán sus insultos y si no, esta labradora, pues aquí la trajo el cielo, los diga, que en esta historia es la más interesada por simple, no mentirosa. Llegué de noche á Trujillo á referir estas cosas á vuestra alteza, y ya cerca salen de entre peñas toscas tres hombres á preguntarme (advírtase el sitio y hora) si don Gonzalo Pizarro me llamo, que les importa. Yo, que oigo nombrar mi padre, receloso que alevosas diligencias le persiguen, mando al amor que responda que sí; y apenas lo escuchan, cuando con una pistola, cómplice vil de su infamia, venganzas torpes provocan. No dió fuego el polvorín, ni la sangre generosa de mi padre, que allí estaba, lugar á que se le acojan los salteadores alevos, pues quedaron por memoria y escarmiento de la envidia medrada con sus lisonjas. El Pagador general es el uno, y vos, señora,

testigo de estratagemas
y invenciones cavilosas
con que persiguió á mi padre,
impidiéndole las glorias
de tanta hazaña sin premio:
¿la malicia que no estorba?
El otro es mi capitán,
que escribió con tinta roja
la sentencia de su muerte
bien dada, aunque lastimosa.
Si por volver por mi padre
y castigar afrentosas
travesuras de perdidos,
Vuestra Majestad se enoja
y contra los dos se indigna,
sus plantas invictas ponga
sobre estas cabezas fieles,
premiarlas si las postra.
REINA. Tiene, alférez, la verdad
tanta fuerza, vencedora
de retóricas mentiras
con que invenciones adorna,
que fácil me persuadís;
y por lo que se aficiona
á vuestro valor el mío,
por vos la piedad abona.
Ya yo os tengo perdonado
el rigor con que me informan
que traviesos castigasteis
que su profesión desdoran.
La muerte del Pagador
y el capitán insta ahora,
por haber parte que pida
información más copiosa.
Averigue yo haber sido
como decís, que patrona
vuestra, saldréis capitán,
puesto que de edad tan poca.
De la prisión que os señalo
á los dos, no os dé congoja,
que vuestras guardas serán

mis monteros de Espinosa.
Iréis sin armas con ellos,
y cerca de mi persona
haré, guardándoos justicia,
más alarde de piadosa.
El rey mi señor pretende,
eclipsando Lunas moras,
presentarme una Granada
que blasfemos arrinconea.
Allí veré de la suerte
que sirviendo á mi corona
pagáis cargos con que os premio
y triunfáis de envidias locas.

GONZALO. Viva más que tiene granos
esa Granada, señora,
siglos tanta discreción.

PIZARRO. Semíramis española
os llame desde hoy Castilla
tanto mejor que la otra,
cuanto ejemplo de pureza
y virtud la fama os nombra.
Si otro Orbe Colón descubre
en vuestras minas hermosas
os hago pleito homenaje
de no volver á las costas
de España mientras no os diere
más oro y plata, más joyas
que cuando dueño del mundo,
triunfó de sus partes Roma.
Cumplid, Hernando Cortés
presagios con que os pregonan
los cielos por igual mío;
haced vuestra fama heroica,
que si parece imposible
á la envidia que proponga
locuras en la apariencia
y de escucharlas se asombra,
en la comedia segunda
saldrá la verdad piadosa
que donde hay valor y dicha,
todo es dar en una cosa.

COMEDIA FAMOSA

AMAZONAS EN LAS INDIAS

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

MENALIFE.

MARTESIA.

GONZALO PIZARRO.

FRANCISCO DE CARAVAJAL.

DON DIEGO DE ALMAGRO.

DON GARCÍA DE ALVARADO.

TRIGUEROS, *gracioso.*JUAN VALSA, *soldado.*

VACA DE CASTRO.

ALONSO DE ALVARADO.

DOÑA FRANCISCA PIZARRO.

EL CAPITÁN ALMENDRAS.

HIJOSAJA.

CUATRO SOLDADOS.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Tocan á guerra y salen peleando MENALIFE, MARTESIA y otras Amazonas; la primera con hacha de armas, la otra con un bastón y todas con arcos y aljabas de flechas á las espaldas, y contra ellas españoles bizarros, entre los cuales salen FRANCISCO CARAVAJAL y GONZALO PIZARRO; llena éste la rodela de flechas, y retirando á MENALIFE, sin sacar la espada, van peleando entrando y saliendo, hasta que quedando solos DON GONZALO y MENALIFE, dicen:

MENALIFE.

Matadme estas arpías
que con presencia humana,
el privilegio á nuestra patria quiebran,
no pierdan nuestros días
la integridad antigua, aunque inhumana,
que ilustran tantos siglos y celebran.
No estas arenas pisen
plantas lascivas de hombres,
que obscureciendo nuestros castos nombres,
cobardes por el mundo nos avisen
que no sabemos abatir coronas.
¡A ellos, invencibles amazonas!

MARTESIA.

¿Qué importa el animarnos?
¿El dar voces, qué importa,
si en ellos ni el hacha de armas corta,
ni las flechas victoria pueden darnos?
Pues con poblar esas regiones sumas
(temblando el sol de verlas)
el ánimo perdemos con perderlas
y adornando sus galas,
en vez de darles muerte les dan alas.

ESCENA II

DON GONZALO PIZARRO y MENALIFE.

GONZALO.

¡Oh, región belicosa!
¡Oh, sol, que en el ocaso donde mueres,
por guarda de tu pira luminosa
influyes tal valor en las mujeres!
¿Qué prodigio, qué encanto
en pechos femeniles puede tanto?
Las fábulas que en Grecia
Alejandro (por ser de Homero) preciá,
á Palas eternizan,
á Tomiris pirámides levantan
y á la madre de Nino solemnizan,
mienten (por más que sus historias cantan)